

EL DESTINO DE UNAS ANTENAS

Doña Rita Salas escribió varios libros notables, los que recopilados en uno solo volumen, conformaron sus "Antenas del Destino". Ella eligió el seudónimo de Violeta Quevedo, Violeta por ser esa flor el símbolo de la humildad, y Quevedo —no en memoria del jocoso escritor español de ñeño de los lentes de ese nombre— sino porqué— confesaba ingenuamente— "yo escribo todo lo "que veo".

Doña Violeta Quevedo formaba parte de una trilogía compuesta por ella misma y sus hermanos Doña Clara y don Vicente. Este último menos popular que la "Clara y la Yema", pero no menos notables por sus rezos en voz alta ante los altares de las Iglesias y su gusto por las procesiones cantadas.

Vivían en una casona de patios en la esquina de Dieciocho y Olivares en compañía de su señora madre, dama virtuosa de original inteligencia y seductora simpatía. En medio de la sencillez de su hogar doña Rita adquirió su admirable seguridad para narrar las trivialidades de su vida de alma soltera ambulante en un mundo de familiares y servidores, mundo que la acompañaba en sus cambios de domicilio, sus visitas a provincia, y aún a sus viajes al extranjero.

Una extraña simbiosis de anhelos de conocer el planeta sin abandonar su "habitat" hogareño. Fue

así como las hermanas se trasladan a París llevando su máquina de coser, la Singer heredada de su madre; y aún en plena Plaza de la Concorde, encuentran ocasión para toparse con un amigo santiaguino que las reconoce y las salva de sus dificultades.

Rita transforma toda casualidad en milagro, y a su amparo acuden continuamente los Santos y los Angeles sin faltar tampoco los amigos de la familia y los parientes que los hay de todas las profesiones, desde Obispos hasta Corredores de Bolsa.

El caso es que fallecidos sus madre y su hermano, no le faltan los socorros del Cielo ni de la Tierra. Por algo la familia es larga teniendo relaciones en la jerarquía Eclesiástica, en el Senado, la Corte y la Alta Banca.

Reflejo de un tiempo ido, el relato ofrece un sabor a frutillas de las que vendían en las árquinas cargando sus burros los frutilleros por la calle Dieciocho, y aroma a madre selva de los patios interiores de las casas de adobe con fachada de estuco de pedira; las "Antenas del Destino" tienen su importancia; por algo (lo hemos escuchado de la poetisa Chela Reyes), Pablo Neruda conservó muchos años sobre su velador —para burla para regocijo— para entretenerse— para dormirse, "Las Antenas del Destino".